

Cervantes, la locura y la pluralidad de discursos

VLADIMIRO RIVAS ITURRALDE | ESCRITOR. PROFESOR INVESTIGADOR DEL DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES DE LA UAM-A

Resumen

Cervantes experimentó una gran fascinación por el mundo de la locura. En este ensayo se muestran los vasos comunicantes que vinculan al *Quijote* con el *Elogio de la locura* de Erasmo; se reflexiona acerca del sentido de esta locura en tanto que máscara para escapar a la censura de la Inquisición, pero también en tanto que documento literario que revela el sentido de la existencia humana. Se presenta la evolución de la locura de don Quijote, cuyo discurso monomaniaco y marcadamente literario es contrapuesto a la inmensa variedad, riqueza y vitalidad de los discursos que lo rodean y que conforman el mundo de la novela.

Abstract

Cervantes had a great fascination for madness. This essay shows the communication vessels between his *Don Quixote* and Erasmus' *Praise of Folly*. It suggests this madness to have been used as a mask for the Inquisition's censorship, but also as a literary document that reveals the sense of human existence. There's a tracing of the evolution of Don Quixote's madness, whose monomaniacal literary discourse is contrasted to the immense richness, vitality and variety of the discourses that conform the world of the novel.

Palabras clave: Cervantes, Erasmo, Don Quijote, Sancho, locura, realidad, censura, Inquisición, discurso, literatura, lectura.

Key words: Cervantes, Erasmus, Don Quixote, Sancho, madness, reality, censorship, Inquisition, discourse, literature, reading.

Para citar este artículo: Rivas Iturralde, Vladimiro. "Cervantes, la locura y la pluralidad de discursos", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 46, semestre I de 2016. México, UAM-A, pp. 111-118.

El tema de los desequilibrios mentales en la literatura ha sido abordado desde una perspectiva clínica (cuando la psicología o el psicoanálisis son lo que le importa al comentarista) o bien, desde un punto de vista estrictamente literario, cuando la locura sólo interesa como metáfora.

Sigmund Freud aprendió español exclusivamente para leer *Don Quijote* en su lengua original.¹ Sin embargo, nunca dedicó un solo artículo para examinar desde su especialidad la locura de don Quijote, lo cual significa que no encontró mayor interés clínico ni en Cervantes ni en su personaje, como sí lo encontró en el *Edipo* de Sófocles, en el *Hamlet* de Shakespeare, en obras de Goethe, Dostoyevski o Da Vinci. En cambio, desde el punto de vista literario, encontraremos en la novela una respuesta carnalesca y satírica a géneros que eran en su época acartonados y solemnes, como la novela de caballerías o la pastoril. Examinar la locura desde la clínica seguramente habría provocado un discurso entre sesudo y cómico de don Quijote y la sonrisa condescendiente de Cervantes.

De la lectura de las obras de Cervantes se desprende una verdad incontrovertible: su fascinación por el mundo de la locura o, más exactamente, por los locos. Ejemplos:

1. Tomás Rodaja, el Licenciado Vidriera de las *Novelas ejemplares*, quien llega a creerse de vidrio, con el consecuente temor a quebrarse al menor contacto con los demás hombres, circunstancia que aprovecha para criticar a la humanidad circundante con la garantía de la impunidad.

Quisiera detenerme en una observación que, hasta donde sé, nadie ha hecho: la existencia de un paralelismo estructural entre el *Elogio de la locura* y la *Novela del Licenciado Vidriera*. En ambas obras el personaje es un loco o alguien que se asume como tal. En la obra de Erasmo —alegóricamente— la Locura misma es quien habla y, dueña y señora de lo humano, desde su condición de intocable, enumera satíricamente —califica y juzga— las diversas locuras del mundo, particularmente —en plena Reforma— los desórdenes de la Iglesia católica. En la de Cervantes es Tomás Rodaja, un hombre encantado o embrujado por una prostituta, que en vez de contagiarle una enfermedad venérea local, le transmite un género de locura, el de creerse de vidrio, con todos los cambios de conducta que ello trae consigo. Vidriera, como la Locura erasmiana, se ampara en la suya para tomarse también la libertad de decir lo que jamás se atrevería desde la cordura. Erasmo pasa revista a los males de su tiempo: el dogmatismo, el autoritarismo, la intolerancia, el fariseísmo, la hipocresía de la Iglesia católica. El procedimiento de Cervantes es análogo, también enumerativo: Vidriera se topa azarosamente con personajes de oficios diversos y sobre cada uno emite juicios satíricos, apotegmas, sentencias, chascarrillos, que son pequeños juicios morales y breves cuentos dentro de un cuento largo. Como en el libro de Erasmo, en la novelita de Cervantes

desfilan los diversos oficios humanos, juzgados satíricamente por el autor.

2. Cardenio, el Roto de la Mala Figura, que aparece en la primera parte del *Quijote*, capítulos xxiii-xxiv, y vuelve a aparecer en diversos capítulos de la segunda parte. Cardenio es un joven enamorado con ataques intermitentes de locura y de celos; personaje que encarna una típica situación amorosa del género pastoril, opuesta a la caballeresca de don Quijote. El diálogo y enfrentamiento de Don Quijote con Cardenio el Roto² es un notable y divertidísimo ejemplo de relación especular entre dos locos, el uno representante de la caballería andante, el otro, de la novela pastoril: la locura enfrentada a la locura:

Don Quijote le volvió los saludos con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire lo fue a abrazar, y lo tuvo un buen espacio entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, a quien podemos llamar el Roto de la Mala Figura (como a don Quijote el de la Triste), después de haberse dejado abrazar, lo apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de don Quijote, lo estuvo mirando como que quería ver si lo conocía, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote, que don Quijote lo estaba de verlo a él. En resolución, el primero que habló después del abrazamiento fue el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.³

El desenlace del episodio es violento pero muy gracioso. Además del enfrentamiento especular de dos formas de locura, es el enfrentamiento de dos géneros literarios: la novela de caballería y la novela pastoril.

3. Los dos locos del prólogo de la segunda parte: el de Sevilla, que infla un perro con un canuto, y el de Córdoba, que confunde al perro callejero con un podenco y, escarmentado por el dueño del podenco, nunca vuelve a descargar su pedazo de mármol sobre ningún perro: estos dos locos constituyen metáforas del intento de Avellaneda de apropiarse del personaje de Cervantes para escribir su propia novela, el *Quijote* apócrifo.

4. El Primo sin nombre, de erudición disparatada hasta la locura, que conduce a don Quijote a la cueva de Montesinos.⁴ Uno de sus trabajos de investigación consiste en averiguar qué ser humano dio el primer estornudo.

5. Y, sobre todo, el mismo don Quijote, que confunde la literatura con la vida. Es tal la fuerza de este personaje, en sus palabras y sus actos, que termina quijotizando a todo el mundo, contagiando de muchas maneras su locura a todos cuantos le rodean: a Sancho Panza, a Dorotea, al bachiller Sansón Carrasco, a los posaderos, a los duques, a todo el mundo, hasta conformar, especialmente en las postrimerías de la novela, en el largo episodio de los duques, un carnaval de la locura, una suerte de carro —ya que no nave— de los locos. Porque todo el mundo le sigue el juego a don Quijote, todos juegan su juego. Como si bastara que un hombre sea loco para que todos lo sean. Es una apoteosis de la locura, cuyo erasmismo no sólo tiene que ver con el título del libro de Erasmo, sino también con su afirmación de que la locura gobierna los actos humanos. Sin embargo, no es éste el erasmismo que Marcel Bataillon advierte en Cervantes. En su gran libro *Erasmo y España*, el investigador francés demuestra la influencia del humanista en España, no tanto por su concepción de la locura como por sus críticas a las prácticas religiosas de la época, por ese espíritu

satírico, común al *Elogio de la locura* y al *Quijote*. En otras palabras, no es tanto el espíritu de la locura lo que, según Bataillon, vincula a los dos libros, sino lo que de espíritu renacentista hay en los dos. Bataillon afirma, paladinamente: “Si España no hubiera pasado por el erasmismo, no nos habría dado el *Quijote*”.⁵ El profesor, filólogo y crítico catalán Antonio Vilanova (1923-2008) escribe: “Creo poder afirmar de manera precisa que la verdadera inspiración del *Quijote* de Cervantes procede del *Elogio de la locura*, y que la génesis de la novela cervantina adquiere verdadera intención y sentido si se tiene en cuenta que Cervantes se propuso desarrollar en forma novelesca la sátira erasmista en elogio de la locura humana”.⁶

Este aserto de Vilanova, aunque indemostrable, merece una explicación o ampliación. No tenemos ninguna certeza de que Cervantes haya leído a Erasmo —quien no aparece citado en ninguno de sus libros, por temor a la censura, supongo—, pero es seguro que lo conoció a través de su maestro, el erasmista Juan López de Hoyos (1511-1583),⁷ cronista de Madrid y, pese a que las obras de Erasmo fueron prohibidas en el ámbito católico por los Concilios de Trento (1545-1563) y por la Inquisición española de tiempos de Felipe II, su influencia “flotaba” en el espíritu de la época, puesto que sus libros habían sido lectura obligada de los humanistas españoles de la época de Carlos I. Los erasmistas, los racionalistas de la época, fueron grandes críticos de las novelas de caballería —plagadas de irracionalismo y desatada fantasía—; presumo que Cervantes recibió y desarrolló ese legado crítico. De ahí que la actitud de Cervantes frente a los libros de caballería sea ambivalente, de fascinación y rechazo. El *Elogio de la locura* se publicó en París en 1511, poco menos de un siglo antes de la primera parte del *Quijote*. Américo Castro,

Marcel Bataillon y Antonio Vilanova han demostrado hasta qué punto Erasmo influyó en los espíritus españoles del Renacimiento, incluido Cervantes, su sol del ocaso.

En la obra magna de Cervantes, la locura de don Quijote tiene una evolución y un sentido muy sutiles. Comienza con la identificación de una persona, Alonso Quijano el Bueno, con un modelo literario, y su conversión en personaje, el caballero andante don Quijote, que se echa a andar por los caminos y le salen al paso las aventuras. Tiene una misión en el mundo: deshacer agravios y enderezar entuertos —hacer el bien por donde va— en nombre de su amor imaginario, Dulcinea del Toboso. No estoy seguro de que Cervantes haya sido consciente de una evolución psicológica de su personaje. Mientras Sancho señala y subraya la realidad (“Mire usted, señor don Quijote, que aquellos que allí parecen no son gigantes sino molinos de viento”), don Quijote no mira, sino lee, adecua la realidad al libro o libros que tiene en la cabeza y que va modificando mientras vive. Pero don Quijote no sólo transforma la realidad, sino que también reinterpreta y modifica los modelos en que sus actos se inspiran. No siempre imita al pie de la letra a sus caballeros andantes, sino que con mucha frecuencia aporta variaciones a esos temas de base. “Deseamos imitar, y sin querer, transformamos”, ha escrito Alfonso Reyes. Una de las magias de esta novela es que don Quijote, en la medida en que vive sus aventuras, va construyendo un personaje, su propio personaje, que es también el de Cervantes. De ahí que en la segunda parte los personajes se leen a sí mismos, y puedo afirmar que el responsable mayor de las burlas contra don Quijote y Sancho —no sólo en el castillo de los duques, sino en toda la segunda parte— es la primera parte del libro, pues como todos en la novela la han

leído, saben que la pareja de aventureros son ya objeto de burla. Carlos Fuentes observa con agudeza: “Doble víctima de la lectura, don Quijote pierde dos veces el juicio: primero, cuando lee; después, cuando es leído. Pues ahora, en vez de comprobar la existencia de los héroes antiguos, deberá comprobar su propia existencia”.⁸

Otra constante es el castigo a las más generosas obras y el apaleo a un loco sublime que no acaba de escarmentar. Todo es caerse y levantarse. Negándose a escarmentar, este loco recibe de la realidad los palos y castigos más crueles. Como escribe Fuentes, “Nacido de la lectura, don Quijote, cada vez que fracasa, se refugia en la lectura”.⁹ Y todo lo explica estoicamente por los libros. Aventura tras aventura, don Quijote lucha interiormente entre la fe caballerescas y una cruel realidad que le contradice a cada paso. El sentido y término de esta evolución es el desengaño. Al final, con la derrota del héroe a manos del Caballero de la Blanca Luna —que no es otro que el Bachiller Sansón Carrasco—, el penoso regreso a la aldea, la pérdida de su locura y su muerte en la cama, llega la desilusión total. El empedernido soñador ha sido derrotado por la realidad y, lo que es peor, no solamente reconoce haber perdido en su lucha contra el mundo sino que abjura de su pasado y admite haber vivido en el error. Es el final más triste que yo recuerde en una novela. Dostoyevski escribió que era la novela más triste de la literatura.

Podríamos pensar que la locura de don Quijote, como la de Cardenio, es intermitente, pues mientras sus discursos son casi siempre de una inteligencia y lucidez que lo ennoblecen, sus actos rompen el sentido común y lo ridiculizan. Sus discursos producen siempre la perplejidad y admiración de quienes lo escuchan, por la sencilla razón de que son siempre *literarios*. No conviene olvidar que la locura de don Quijote no

consiste solamente en la imitación de los actos heroicos de sus modelos literarios, sino también de sus palabras. A menudo se ponderan en la novela “las hazañas nunca vistas ni oídas” del Caballero de la Triste Figura. También producen admiración y asombro en los oyentes esos discursos que sólo parcialmente vienen del fondo de sus lecturas, pues mucho en ellos constituye una creación discursiva personal. De hecho, hay lectores de novelas de caballerías, como el bachiller Sansón Carrasco, el cura, Dorotea o los duques, que reconocen en los discursos de don Quijote el indudable fondo caballeresco que los anima. De este modo, los actos heroicos y la elocuencia del discurso forman una unidad indisoluble.

La locura en el discurso de don Quijote —tan profundamente español en esto— consiste en que es único e *imperativo*: todos a su alrededor deben reconocer y aceptar *su* verdad. Todos deben aceptar y reconocer que no hay sobre la faz de la Tierra dama más gentil, honesta y hermosa en el mundo que su señora Dulcinea del Toboso, ante quien todos deben postrarse y humillarse e informar de las hazañas o las adversidades que su caballero está realizando o sufriendo por ella. Pero el discurso de Cervantes como novelista consiste en buena parte en romper el discurso único y monomaniaco. La riqueza y vitalidad de su mundo —sin igual en la literatura— con sus mercaderes, posaderos, campesinos, monjes, estudiantes, enamorados desengañados, bandoleros y reos, agentes de la Inquisición, nobles, lectores y analfabetos, hombres y mujeres de diversa índole, rompe esta unicidad del discurso quijotesco y pide a gritos que la literatura reconozca la inmensa pluralidad de discursos. El *Quijote* abre así el camino hacia eso que, ya en los albores del siglo xx, Bajtín llamará, refiriéndose a Dostoyev-

vski, la novela polifónica. Sin llegar a serlo, el *Quijote* nos muestra cómo otras voces exigen ser escuchadas en su rica individualidad e independencia.

Don Quijote no siempre vive la literatura como un sueño o una alucinación —recordemos las aventuras de los molinos de viento o la de los rebaños—, sino que, en ciertos casos, es consciente de la materia bruta que él transforma y somete a idealización. Mientras que Sancho señala y subraya la realidad (“son ovejas, no ejércitos”), don Quijote la transforma. Es llamativo que el acto de transformación de lo real más importante de su vida caballeresca —la rústica y fea campesina, Aldonza Lorenzo, transformada en Dulcinea del Toboso— constituya su alucinación más consciente. Pero cuando ocurre lo contrario, el deseo de ver a Dulcinea y encontrar en su lugar a la zafia campesina, justifica este capricho de la realidad aduciendo, no tanto que él haya sido engañado por sus sentidos, sino que Dulcinea ha sido encantada. Es una lectura *literaria* de la transformación de Dulcinea y una lectura *literaria* de la realidad. Don Quijote es un alucinado libre, consciente y original. Cuando Sancho le señala que los caballeros a quienes don Quijote imita tuvieron una causa y motivo para hacer sus necedades y penitencias, su amo contesta: “Ahí está el punto, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias; el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado”.¹⁰

Esta cómica postura le conducirá también a reinventar el amor: el amor puede prescindir del objeto. Le dice a Sancho:

¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas y

otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los Barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso y de aquellos que las celebran y celebraron? No, por cierto, sino que las más se fingen por dar sujeto a sus versos y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo. Y así básteme a mí pensar que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información de él, para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo.¹¹

El párrafo anterior (como el *Quijote* en su totalidad) constituye una crítica de la escritura y de la lectura. Los objetos de amor de un poeta, una vez escritos, no son sino máscaras: ficciones, literatura.

Y más adelante, don Quijote formula la más bella declaración de amor que registra la historia de la literatura: “Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser”.¹²

En una época en que están en auge los contratos matrimoniales, don Quijote pretende regresar al pasado caballeresco, en el cual el amor se vivía de otra manera, como el amor cortés. En un mundo inseguro, vacilante y voluble, en suma, cambiante, el caballero debe sostener la validez de su “yelmo de Mambrino”, afirmar la vida individual en la voluntad de mantenerla existente y sólida. Como el hombre en el mundo, según los cristianos —que debe hacer méritos para ganar el cielo— así también el caballero debe probar las aventuras para merecer la corte, la fama, la existencia en los libros. Don Quijote busca la perfección pero es anacrónico y cae en el ridículo.

La locura de don Quijote, como afirma Michel Foucault, es la locura por identificación literaria.¹³ Don Quijote tiene una novela en la cabeza y quiere confundirla con la realidad. Confunde su propia identidad social con el sueño literario que se ha fabricado. Soñador, se sume en sueños pasados y en la ficción. Esta nostalgia es también anhelo, ideal, y un claro deseo de entrar en la literatura como personaje épico. En otras palabras, tiene una novela en la cabeza y quiere vivirla, busca acomodar sus sueños, sus fantasías, a una realidad que lo contradice a cada paso y de manera implacable. En esta imposibilidad de fundir realidad y fantasía, en esta equivocación, en esta locura, en suma, radica la tragedia de la novela.

Concluyo: a Cervantes le tocó vivir un momento de transición en la historia de España: el paso del breve Renacimiento a la prolongada Contrarreforma con su Inquisición, un espíritu opuesto a los aires de libertad intelectual que ya se respiraban en el resto de Europa. Pero Erasmo había dejado ya una huella imborrable en España, a pesar de que ser erasmista desde

el reinado de Felipe II en adelante significaba estar al margen de las reglas del juego y ser condenado por la Inquisición. Cervantes escribe el *Quijote* durante el reinado de Felipe III y la locura de sus personajes constituye una suerte de escondite para decir las verdades que no se atrevían a decir en estado de cordura, un recurso para romper la censura y, por supuesto, una lección de libertad. Por otra parte, el discurso dominante de don Quijote viene a quebrantarse con la diversidad y riqueza del mundo cervantino, que a palos se abre paso sobre el discurso único de la locura. Como personaje, el héroe es, sin duda, don Quijote, pero como discurso, el gran sujeto es la novela misma con su diversidad de voces y discursos. En este sentido, no sólo don Quijote tiene razón, sino que todos los demás la tienen. La tienen Sancho, el cura, el barbero, Sansón Carrasco, Dorotea, Cardenio, Ginés de Pasamonte, los duques, Cide Hamete Benengeli, incluso el narrador. Como afirma Carlos Fuentes, en el *Quijote* la locura es un sinónimo de lectura, y la novela se constituye en una crítica de la lectura.

Notas

- ¹ Sigmund Freud, "Carta a don Luis López-Ballesteros y de Torres", 7 de mayo de 1923, en *Obras completas*, p. 2821.
- ² Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, t. I, caps. xxiii-xxiv.
- ³ *Ibid.*, cap. xxiii, p. 118.
- ⁴ *Ibid.*, vol. II, cap. xxii.
- ⁵ Marcel Bataillon, *Erasmus y España*, p. 805.
- ⁶ Antonio Vilanova, "Erasmus y Cervantes", citado por Teresa Suero Roca, en Prólogo a *Elogio de la locura*.
- ⁷ M. Bataillon, *op. cit.*, p. 791.
- ⁸ Carlos Fuentes, *Cervantes o la crítica de la lectura*, p. 77.
- ⁹ *Ibid.*, p. 75.
- ¹⁰ M. de Cervantes, *op. cit.*, cap. xxv, p. 125.
- ¹¹ *Ibid.*, p. 129.
- ¹² *Ibid.*, p. 162.
- ¹³ Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, vol. I, p. 63.

Bibliografía

Araujo Sánchez, Diego. "El Quijote como juego de espejos de la lectura", en *Artes, Literatura e Historia en la vida y las representaciones del Quijote. Homenaje desde el Ecuador a su Cuarto Centenario*. Quito, ABYA-YALA, 2004.

Bataillon, Marcel. *Erasmus y España*, trad. de Antonio Alatorre. México, FCE, 1982.

Bloom, Harold. *El canon occidental*. Barcelona, Anagrama.

Borges, Jorge Luis. "Pierre Menard, autor del Quijote", en *Ficciones*. Madrid, Alianza, 1998.

Castro, Américo. *El pensamiento de Cervantes*.

Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, 2 tomos. Buenos Aires, Sopena, 1958.

———. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, 2 tomos, ed., introd. y notas de Martín de Riquer. Barcelona, 1994.

———. *Novelas ejemplares*, 2 tomos, ed., introd. y notas de Juan Bautista Avale-Arce. Navarra, Biblioteca Básica Castalia, 2001.

Fitzmaurice-Kelly, James. *Miguel de Cervantes Saavedra. Reseña documentada de su vida*, pról. de José Amezcua. México, UAM, 1987.

Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*, primera parte: "Stultifera navis". México, FCE, 1986.

Fuentes, Carlos. *Cervantes o la crítica de la lectura*. México, Joaquín Mortiz, 1976.

Madariaga, Salvador de. *Guía del lector del Quijote*. Buenos Aires, Sudamericana, 1961.

Nabokov, Vladimir. *El Quijote*, trad. de María Luisa Balseiro. Barcelona, Ediciones B, 1987.

Oster, Ludovik. *El pensamiento social y político del Quijote*. México, UNAM, 1988.

Riquer, Martín de. *Aproximación al Quijote*. Navarra, Salvat, 1970.

Rivas Iturralde, Vladimiro. "Acerca de una derrota", en *Desciframientos y complicidades*. México, UAM, 1991. (Difusión Cultural)

Rotterdam, Erasmo de. *Elogio de la locura*, est. prel., notas y bibl. de Teresa Suero Roca. Barcelona, Bruguera, 1974.

Unamuno, Miguel de. *Vida de don Quijote y Sancho. Ensayos*, t. II. Madrid, Aguilar, 1951.